



**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO**

**CÁTEDRA T.I.F**

**TRABAJO INTEGRADOR FINAL**

**Ensayo**

**Título:**

Una lectura desde el psicoanálisis de la práctica de los deportes de combate en jóvenes atravesados por procesos de vulnerabilización.

Autor: Salazar Matías Agustín

Legajo: S-5695/2

DNI: 41.657.451

Correo electrónico: 1salazarmatias@gmail.com

Director Graduado Responsable: Nahuel Castillo

**AÑO 2025**

## **Índice**

**Resumen (p.3)**

**Introducción (p.4)**

**Desarrollo (p.6)**

**1. Jóvenes y vulnerabilidad (p.6)**

**2. El cuerpo (p.8)**

**3. El gimnasio (p.12)**

**4. Comunidad y lazos (p.17)**

**Reflexiones finales (p.19)**

**Referencias bibliográficas (p.21)**

## Resumen

El presente Trabajo Integrador Final pretende analizar, desde una perspectiva psicoanalítica en articulación con el enfoque socio-comunitario, la práctica de los deportes de combate —en particular el boxeo— como dispositivo de intervención en jóvenes atravesados por procesos de vulnerabilización en contextos precarizados de la ciudad de Rosario. El problema de investigación se inscribe en el aumento de la violencia, el debilitamiento de los lazos sociales y las dificultades en la tramitación de la agresividad y del malestar subjetivo en la adolescencia y la juventud. Se trata de un trabajo de modalidad ensayística, basado en un recorrido teórico que articula conceptos del psicoanálisis con aportes de la sociología y la psicología comunitaria, especialmente a partir de los desarrollos de Loïc Wacquant sobre el gimnasio de boxeo. La premisa central sostiene que la práctica regulada y colectiva de los deportes de combate posibilita una reinscripción simbólica del cuerpo, favoreciendo la ligazón pulsional, la construcción de identificaciones y el fortalecimiento del lazo social. El desarrollo aborda la noción de cuerpo en el psicoanálisis, el gimnasio como espacio ritualizado y la dimensión comunitaria del entrenamiento. Como conclusión, se plantea que el dispositivo deportivo instituye un marco de límites y reconocimiento que habilita procesos de subjetivación positivos, restituyendo al cuerpo un lugar simbólico allí donde predominan el desamparo y la exclusión.

**Palabras clave:** vulnerabilización juvenil; cuerpo; psicoanálisis; deportes de combate; lazo social.

## Introducción

El presente Trabajo Integrador Final pretende abordar la creciente vulnerabilidad que atraviesan algunos adolescentes y jóvenes en Argentina, particularmente los que habitan contextos precarizados de la Ciudad de Rosario. Esta problemática se inscribe en procesos de vulnerabilización marcados por la fragilidad de los lazos sociales, la ausencia de redes de sostén y la falta de perspectivas futuras que generan un desamparo con impacto directo en la subjetividad.

La justificación de este trabajo radica en la urgencia de identificar dispositivos de intervención microsociales que ofrezcan alternativas a estas derivas mortíferas. Se propone explorar la actividad deportiva, principalmente los deportes de combate y específicamente el boxeo, dada su relevancia cultural y la centralidad del cuerpo en su práctica. En este aspecto conviene aclarar, que se hablará de boxeo o deportes de combate en general, a sabiendas de que el primero es el más practicado a nivel nacional y con una mayor raigambre cultural. Sin embargo, a partir de las similitudes técnicas y reglamentarias que hacen a la práctica, además del estilo cultural que adoptan dentro del gimnasio las relaciones entre los integrantes, extendemos las reflexiones de este trabajo a la práctica del muay thai, kickboxing, jiu-jitsu brasileño, taekwondo, karate, lucha grecorromana, etc.

Si bien existe un creciente corpus de investigaciones que da cuenta de los efectos positivos de los deportes de combate en jóvenes —en términos de bienestar, integración comunitaria y reducción de conductas de riesgo—, dichos abordajes se han concentrado mayormente en los resultados observables a nivel social y conductual. Ejemplo de ello son los trabajos de Aboitiz Bellet y Álvarez Vandeputte (2011), centrados en la lucha contra la exclusión social a través del boxeo, así como el estudio de Ryan et al. (2024), que aborda la práctica desde una perspectiva comunitaria. No obstante, estos desarrollos dejan abierta la pregunta por los procesos psíquicos que posibilitan tales transformaciones.

Por lo tanto, el objetivo principal es reflexionar e indagar, a través de un recorrido teórico, cómo la práctica regulada de los deportes de combate en un marco comunitario puede incidir en la tramitación de la agresividad, la construcción de identificaciones y la resignificación del cuerpo, posibilitando procesos de subjetivación positivos en jóvenes vulnerabilizados. Se utilizará un abordaje conceptual integrando categorías del psicoanálisis con aportes de la sociología y la psicología comunitaria. La línea argumental principal sostiene que, a diferencia de enfoques individualistas, la dimensión colectiva y ritualizada

del gimnasio donde se practican deportes como el boxeo puede ofrecer un espacio para la ligazón pulsional y la reconstrucción del lazo social.

## Desarrollo

### 1. Jóvenes y vulnerabilidad

En los últimos años, hemos podido presenciar cómo diversos informes de organismos académicos y de investigación en salud han puesto en evidencia una tendencia alarmante: el suicidio se ha convertido en una de las principales causas de muerte en la adolescencia y la juventud en Argentina, llegando incluso a ocupar el primer lugar entre las mujeres de 10 a 19 años (Observatorio del Desarrollo Humano y la Vulnerabilidad, Universidad Austral, 2023). Bien sabemos que la adolescencia y la juventud constituyen momentos especialmente sensibles en el desarrollo, donde se encuentran atravesados por transformaciones corporales, psíquicas y sociales que apuntalan la construcción de la identidad, la búsqueda de autonomía y el deseo de pertenencia. Sin embargo, estos mismos procesos también pueden acarrear una notable vulnerabilidad cuando a ello se suman la ausencia de contención, las exigencias impuestas por el entorno y las experiencias de soledad. En este contexto, el escenario se vuelve riesgoso, convirtiendo a estas etapas en un punto crítico para el bienestar emocional de los jóvenes. A su vez, la falta de espacios de escucha, el aislamiento, el impacto de las redes sociales y la presión de ideales inalcanzables de éxito o de imagen contribuyen a un terreno subjetivo en el que el malestar encuentra como salida posible la autodestrucción. Desde una perspectiva psicoanalítica, esta problemática interpela directamente la relación del sujeto con su cuerpo, con la agresividad y con las posibilidades de identificación social. Allí donde el lazo simbólico se debilita, donde no hay inscripción que sostenga al sujeto en una red de reconocimiento y pertenencia, la pulsión de muerte adquiere formas devastadoras.

También en los últimos años los jóvenes se han convertido en una de las principales víctimas de la creciente violencia. Esta afirmación halla sustento en los informes del Observatorio de Seguridad Pública de la Provincia de Santa Fe (2024), donde se exponen los datos de recolección, análisis y difusión de información sobre diversos aspectos de la problemática delictiva vinculada al territorio de la provincia en los últimos diez años. Según estos reportes, dentro de la población total de víctimas de homicidios, de un total de 2.610 varones identificados, 1.797 (68,8%) tenían menos de 30 años; por otro lado, en el caso de las mujeres, de un total de 531, 197 (37,1%) cumplían esa misma condición. Asimismo, se pueden mencionar las reiteradas noticias de los medios de comunicación sobre hechos violentos y delictivos que involucran a estos grupos etéreos.

En este escenario, es posible pensar que los jóvenes se ven atravesados por lo que Fernández y López (2005) denominan procesos de vulnerabilización. Dichos procesos no se

reducen únicamente a la exposición al narcomenudeo o a la delincuencia, sino a su vez implican la fragilidad de los lazos sociales, la ausencia de redes comunitarias de sostén y la falta de oportunidades para proyectar un futuro distinto. En contextos como el de la ciudad de Rosario, esta combinación de factores se traduce en un terreno particularmente adverso, donde el debilitamiento de la contención estatal y comunitaria deja a muchos adolescentes y jóvenes en un estado de desamparo, expuestos tanto a la violencia externa como a formas autodestructivas de tramitación del malestar.

En sintonía con este asunto, la profunda fragmentación social entre 'incluidos' y 'excluidos' exige una revisión de lo que se entiende por intervención en lo social. Consideramos que dicha intervención no puede limitarse a políticas sociales generales, sino que debe ser capaz de articularse con las particularidades de cada caso, a través de dispositivos de abordaje que logren hacer visible e integrar simbólicamente a esos sujetos que se encuentran vulnerabilizados. Para esto, no alcanza con la mera voluntad de saber, sino que hacen falta dispositivos concretos que sirvan para acercar y recordar la condición humana de unos y otros. Según Carballada (2023) la intervención en lo social se relaciona con "[...] hacer visible aquello que diferentes velos, máscaras o incertidumbres no dejan ver, tal vez porque esa visualización implica el temor a estar de ese otro lado, producto de la sumatoria de inseguridades e inquietudes." (p.85) Y por este motivo el autor considera que "hacen falta dispositivos que acerquen o que sencillamente recuerden la condición humana de unos y otros" (p.85).

Esta apelación a dispositivos que 'acerquen' pone de relieve, entonces, la importancia de una intervención centrada en lo territorial, con sus características propias:

De ahí la importancia de lo local, lo singular, lo microsocioal, para la intervención, En este aspecto, la mirada a lo microsocioal no implica dejar de lado lo macrosocioal sino intentar construir un marco metodológico que permita dar cuenta de la singularidad y que pueda esencialmente desarrollar dispositivos de intervención que aproximen posibilidades de respuesta en un mundo fuertemente fragmentado. (Carballada, 2023, p.93)

De esta manera, la urgencia de esta problemática nos impulsa a buscar herramientas y espacios que ofrezcan alternativas significativas, capaces de reconstruir el tejido social y brindar perspectivas de futuro a esta población. Frente a este panorama, surge la necesidad de identificar dispositivos que no sólo alejen a los jóvenes de la violencia, sino que habiliten procesos de subjetivación positivos. En este contexto, consideramos que la actividad deportiva emerge como un pilar fundamental, ya que en nuestro país y en nuestra ciudad posee un peso cultural y social significativo. Diariamente

miles de jóvenes de diversos ámbitos sociales se involucran en el deporte, encontrando en él un modo de vincularse y desarrollarse física y mentalmente.

Entre los deportes más populares se destaca el fútbol, así como en menor medida el básquet y el tenis, siendo el primero el de mayor concurrencia debido a la raigambre cultural que posee en nuestro país y la fácil accesibilidad de su práctica. Sin embargo, existen otras disciplinas que han tenido una marca significativa en nuestra cultura y que se desarrollan bajo una modalidad diferente de las anteriores. Uno de estos son los deportes de combate, definidos como “disciplinas deportivas que implican enfrentamientos físicos uno contra uno codificados bajo una serie de reglamentos específicos para cada modalidad, sancionados por órganos reguladores tales como federaciones, ligas o asociaciones” (Correia & Franchini, 2010, como se citó en Sánchez-García, 2025, p.30). Podemos decir que esta actividad se diferencia en la medida en que el cuerpo es simultáneamente el asiento, el instrumento y el blanco.

Las investigaciones y trabajos académicos tienden a describir los beneficios observables a nivel comportamental o social de estos deportes, pero no ahondan en los procesos internos que permiten, por ejemplo, que a través de su práctica un joven logre un cambio en su sentimiento de sí o se integre a una comunidad. Es aquí donde la perspectiva psicoanalítica, en diálogo con el enfoque social-comunitario, ofrece una lente privilegiada para comprender cómo la práctica de un deporte de combate como el boxeo puede ofrecer un espacio para una nueva inscripción del cuerpo en lo simbólico y en lo social, reconfigurando su imagen y su función para el sujeto. En ese sentido, se podría pensar en cómo influyen los deportes de combate en la tramitación de la agresividad, la construcción de nuevas identificaciones, la sublimación de las pulsiones y la resignificación del cuerpo y la subjetividad en determinados sujetos.

## 2. El cuerpo

*Si mi ser era mi morada, entonces mi cuerpo era como un huerto alrededor de la misma. Una de dos, podía cultivar ese huerto en toda su extensión, o dejar que la maleza se adueñara de él. (Mishima, 2010, p.12)*

Como bien sabemos, en el campo del psicoanálisis el cuerpo nunca es simplemente un organismo biológico, sino que es, ante todo, un cuerpo hablado, significado, una superficie donde se inscriben las marcas del deseo, del lenguaje y de la cultura. Desde

Freud hasta Lacan, el cuerpo aparece como el lugar en el que el sujeto se constituye, donde lo pulsional encuentra su límite y su expresión.

Adquiere una manera tal de presentarse y de imponerse que incluso la medicina no sabe qué hacer con ese cuerpo; porque es un cuerpo que habla de otra manera [...] la cuestión reside en cómo es ese cuerpo, de qué está hecho, cuál es su dinámica. Y sobre todo, qué es lo que tiene para decir, con esa manera tan particular que tiene de *hablarnos*. (Ziella, 2020, p.26)

Desde sus primeros escritos Freud ya concebía al cuerpo como el punto de articulación entre lo somático y lo psíquico. En *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), plantea que la sexualidad humana no es instintiva, sino pulsional, y define la pulsión como "el representante psíquico de una fuente de estímulos intrasomática que fluye de continuo [...], uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal" (p.153). Esta idea inaugura una concepción del cuerpo como fragmentado, investido por zonas erógenas que devienen fuente de placer y conflicto.

A partir de sus trabajos de la década de 1920, Freud postula que el organismo vivo está regido por el antagonismo fundamental entre dos pulsiones: Eros y la pulsión de muerte. La primera, la pulsión de vida, tiene como función crear, ligar y conservar unidades cada vez mayores. La segunda, en cambio, busca la disolución de los nexos y el retorno de lo vivo a la quietud inorgánica. Freud resume esta oposición en *El yo y el ello* (1923), donde afirma que el afán de Eros es "establecer unidades cada vez mayores y así conservar: es la ligazón" (p.41), mientras que el de la pulsión de destrucción es, "por el contrario, disolver nexos y así destruir las cosas del mundo" (p.41). En este caso el cuerpo sería entonces el territorio de esta dinámica, la fuente material de ambas pulsiones y el escenario donde su lucha se manifiesta, tanto en la erogeneidad como en tendencias como el masoquismo primordial y la agresión destructiva.

Esta concepción de las pulsiones no es una mera abstracción, ya que el propio Freud ancla la estructura del 'yo' en la materialidad del cuerpo, demostrando que lo psíquico es inseparable de lo somático. Es en este mismo texto donde afirma de manera célebre que "el yo es sobre todo un yo corporal; no es sólo un ser de superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie" (Freud, 1923, p. 27). Con esto, establece que la instancia psíquica que nos da el sentimiento de identidad se origina a partir de las sensaciones provenientes del cuerpo. El 'yo' es, en última instancia, la representación mental de nuestro propio organismo. Por lo tanto, el conflicto entre Eros y Tánatos no es un drama desencarnado, sino la lucha que constituye al sujeto en y a través de su cuerpo.

Desde esta perspectiva, el cuerpo analítico no coincide con el organismo ya que es inorgánico, fragmentado, marcado por una falta estructural. Lo que le da cuerpo es precisamente la pérdida, el vacío que deja el ingreso al lenguaje, y que la pulsión intenta colmar. Por eso, el cuerpo se constituye como lugar de tensión entre lo representable y lo irrepresentable, entre el goce y la palabra, el cuerpo en Freud no preexiste al sujeto, sino que se construye como mapa libidinal. En esta línea, el cuerpo no es simplemente anatómico, sino una red de representaciones que se articulan y se cargan afectivamente, de esta manera el cuerpo se construye a partir del lenguaje, de los afectos y de las marcas simbólicas que lo atraviesan.

Freud propone así un cuerpo inacabado, equívoco, hecho de fallas y cortes que lo vuelven singular. No es algo dado, sino una construcción que se realiza a lo largo de la vida, siempre mediada por una imagen. Esta imagen, aunque ilusoria, organiza el mundo del sujeto, le da coherencia y posibilita su constitución. Sin embargo esa unidad es siempre frágil, hay una discordancia inevitable entre lo que somos y la imagen que creemos ser. De ahí que el cuerpo sea un lugar de extrañeza, donde se manifiestan el malestar, el deseo y la falla estructural que nos constituye. En palabras de Leibson (2018), “tenemos un cuerpo porque este cuerpo, para cada cual, nace fallado” (como se citó en Ziella, 2020, p. 28).

De igual manera, en la teoría lacaniana, el cuerpo no se concibe como una entidad biológica dada, sino como el producto de una compleja construcción psíquica. Lacan retoma la premisa freudiana para afirmar que el cuerpo se hace, se edifica en la intersección de los registros Imaginario, Simbólico y Real. Este proceso se inaugura con la operación que denominó ‘Estadio del Espejo’, la cual designa la “transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen” (Lacan, 1949, 100). Ocurrida entre los seis y dieciocho meses, esta fase implica la identificación del infante con una imagen unificada de sí mismo, una *Gestalt* que contrasta con su vivencia de descoordinación motriz.

Esta imagen es fundamentalmente alienante y anticipatoria. El sujeto se precipita a reconocerse en una totalidad que aún no posee. Lacan lo describe así:

[...] la forma total del cuerpo, gracias a la cual el sujeto se adelanta en un espejismo a la maduración de su poder, no le es dada sino como una *Gestalt*, es decir en una exterioridad donde sin duda esa forma es más constituyente que constituida. (2009, p.100)

Esta operación imaginaria es inviable sin un soporte en lo simbólico. Es la mirada y la palabra del Otro quien sanciona y ratifica que esa imagen le pertenece al niño. De este

modo, la unidad corporal imaginaria queda anudada a la estructura del lenguaje y al deseo del Otro.

El ingreso del sujeto al lenguaje implica que su cuerpo se ofrezca como una superficie de inscripción para las marcas del Otro. El cuerpo es hablado, tocado y gestualizado, convirtiéndose en un texto donde se inscribe la historia del sujeto. Este atravesamiento por el significante no es inocuo. Produce un corte, una pérdida fundamental en el ser viviente. Lacan utiliza la metáfora de 'la libra de carne' para referirse a este hecho: "En el cuerpo hay siempre, debido a este compromiso en la dialéctica significante algo separado, algo sacrificado, algo inerte: la libra de carne" (2006, p.237). Esta pérdida inaugural estructura al cuerpo no como una esfera maciza, sino como una superficie agujereada. Su ausencia se vuelve estructural.

Aquello que cae del cuerpo como efecto del corte significante es lo que Lacan conceptualiza como el objeto *a*. Este objeto no es una cosa, sino un resto, un desecho que escapa tanto a la imagen especular como a la palabra. Aunque perdido, este objeto no desaparece, sino que retorna como la causa del deseo. Lacan afirma que es "ese objeto como perdido en los diferentes niveles de la experiencia corporal en que se produce el corte; él es el soporte, el sustrato auténtico de toda función como tal de la causa" (2006, p.233). El cuerpo, entonces, se constituye como un cuerpo deseante precisamente porque está marcado por esta falta.

A su vez, el cuerpo es el lugar exclusivo del goce, un concepto que excede al principio del placer. Lacan (2023) es taxativo al respecto al pronunciar que no hay goce más que el del cuerpo, en este caso es un cuerpo desnaturalizado por el lenguaje, constituido a partir de una imagen alienante, marcado por una pérdida que lo vuelve deseante y destinado a un goce que es, a la vez, propio y profundamente extraño.

De esta manera, el psicoanálisis nos muestra un cuerpo que tiene una raigambre en su biología pero sin embargo está articulado en una construcción simbólica, una superficie marcada por el lenguaje del Otro, por la falta que causa el deseo y por la tensión de las pulsiones.

Ahora bien, la pregunta que nos hacemos es qué sucede cuando ese Otro social, encargado de proveer las inscripciones que dan sostén y sentido, falla o se presenta de forma violenta y precaria. Podemos considerar que en los contextos de vulnerabilidad, el cuerpo deja de ser un texto a descifrar para convertirse en el escenario de una descarga pulsional sin mediatizar. Es un cuerpo librado al *acting out*, a la violencia padecida o

autoejercida, y al modo freudiano, un cuerpo donde la pulsión de muerte se manifiesta sin la ligazón de Eros.

De esta manera, podemos pensar que el padecimiento que atraviesa esta población es producto de esta expulsión y en consecuencia no encuentra vías de simbolización y termina cargando una tensión que recae sobre el cuerpo, teniendo como consecuencia una descarga inmediata en el acting out o la violencia descontrolada sobre los otros. Es precisamente en este punto donde prácticas como los deportes de combate pueden intervenir, no como una simple actividad física, sino como un dispositivo capaz de ofrecer una escritura simbólica para ese malestar sobrante, reinscribiendo la ley, el límite y el lazo social allí donde la cultura misma los había borrado.

Se podría pensar que en los contextos de exclusión social, el cuerpo de los jóvenes suele ser el primer territorio expropiado. Marcado por la precariedad, por la violencia institucional o por el consumo, el cuerpo deja de ser un lugar de apropiación subjetiva para convertirse en objeto.

### **3. El gimnasio**

*Un día se me ocurrió la idea de cultivar mi huerto con todo el empeño posible. (Mishima, 2010, p.12)*

A esta altura del ensayo consideramos fundamental traer a colación el trabajo de Loïc Wacquant, *Entre las cuerdas: Cuadernos de aprendiz de un boxeador* (2004). En esta obra el autor narra cómo, con fines sociológicos y con el propósito de conocer más acerca de la marginalidad urbana, se sumergió durante tres años en un gimnasio de boxeo de un gueto de Chicago. Este trabajo es un gran testimonio de lo que ocurre en un gimnasio de boxeo tradicional, donde lejos de ser un mero reflejo de la violencia callejera, funciona como una institución social total y un universo moral aparte. Un 'mundo ordenado' que se opone radicalmente al caos y la anomia del exterior. En sus palabras, el gimnasio:

Constituye un islote de estabilidad y orden donde son posibles las relaciones sociales prohibidas en el exterior. El gimnasio ofrece un lugar de sociabilidad protegida, relativamente cerrado, en el que se encuentra un respiro a las presiones de la calle y del gueto, un mundo donde los acontecimientos externos penetran con dificultad y tienen poca importancia. (2004, p.22)

Teniendo en cuenta que en los últimos tiempos en la mayoría de los espacios que uno concurre la cuestión de la economía, la inseguridad y otros temas aledaños son conversaciones frecuentes que están en boca de la población debido a su importancia y preocupación principal, el lograr un espacio que pueda repeler estas cuestiones y mantener un mundo cerrado y ordenado frente a la anomia exterior es harto interesante.

El autor le dará forma a esta situación agregando: “es también el soporte de lo que Georg Simmel llama la ‘sociabilidad’ (*Geselligkeit*), procesos puros de asociación que son en sí mismos su propio fin” (Wacquant, 2004, 49). Es decir, lo que ocurre ahí dentro es algo que responde a su propia lógica con fines de una relación pura que se opone radicalmente al afuera.

En su trayecto por el gimnasio, el autor llega a atisbar el modo particular en que las relaciones entre los integrantes toman forma. Esta particular socialización no se articula principalmente a través del discurso verbal, como en otros espacios, sino que está mediada casi por completo por el cuerpo y por ejercicio de éste, en sus palabras:

A una práctica esencialmente corporal y poco codificada cuya lógica no puede entenderse sino con la acción corresponde un modo de inculcación implícito, práctico y colectivo. La transmisión del pugilismo se efectúa de forma gestual, visual y mimética, sobre la base de una manipulación regulada del cuerpo que somatiza un saber que los socios del club poseen y exhiben en cada nivel de su jerarquía tácita. El Noble Arte representa la paradoja de un deporte ultraindividual cuyo aprendizaje es fundamentalmente colectivo. (2004, p.98)

Esta paradoja de un aprendizaje colectivo para un deporte individual se sostiene en un método de enseñanza que prioriza la asimilación grupal y el ritmo compartido por sobre la instrucción verbal explícita. Más adelante, ya al denominar a este proceso como una pedagogía, comentará:

Esta pedagogía negativa y silenciosa que deja poco espacio a las palabras o a los hechos tiene por objeto, en primer lugar, asegurarse que todos respetan el *tempo* común y siguen en el sitio que les corresponde en el engranaje colectivo. (2004, p.117)

Wacquant describe cómo el dolor compartido, el sudor y el agotamiento del entrenamiento riguroso se convierten en el lenguaje fundamental que une a los miembros del gimnasio. Es una comunicación ‘carnal’ que genera un lazo de solidaridad inmediato. En este punto, al hablar del cansancio, parte fundamental de la actividad deportiva, que en la práctica del deporte de contacto se hace extremadamente presente, podemos remitirnos a

Byung Chul Han, cuando contrasta el cansancio de la sociedad del rendimiento y el ‘cansancio fundamental’ de Handke.

En el primer caso, Han (2024) describe un “agotamiento solitario, que individualiza y aísla” (p. 68), asociado a la positividad de la sociedad del rendimiento. Considera que este cansancio termina por desunir a los sujetos, donde lo que se presenta no es una extenuación compartida sino un estado que termina “haciéndonos incapaces de hablar y hasta de mirar” (p. 69). El autor es explícito al señalar que esta incapacidad de vincularse no es una consecuencia pasiva, sino una fuerza violenta en sí misma, que disuelve todo lo común:

Cansancios tales son violentos, porque destruyen toda comunidad, todo punto en común, toda cercanía, incluso el lenguaje mismo: Ese tipo de cansancio, que nos dejaba sin habla, nos empujaba a la violencia. Acaso la violencia se reflejara solo en una mirada que deformaba lo otro. (p.69)

Por otro lado, el cansancio fundamental, o la lasitud elocuente, términos que toma de Handke, lo contrapone al cansancio de la sociedad del rendimiento, en la medida en que el cansancio fundamental logra crear un intervalo compartido donde:

[...] no solo veo lo otro, sino que soy lo otro, y lo otro también pasa a ser yo. [...] hace que el yo se abra al mundo y se vuelva permeable para él. Restablece la dualidad, que la fatiga solitaria había destruido por completo. Vemos y nos ven. Conmovemos y nos conmueven. Tenemos trato común. [...] hace posible la demora y la estancia. (p.70)

Y más adelante dirá, “este cansancio, nos llena de una profunda cordialidad y hace concebible una comunidad para la que no se precise pertenencia ni parentesco. Una cordial adición crea lazos de unión entre personas y cosas” (2024, p.72). Esta distinción de Han nos permite realizar una lectura precisa de la práctica que describe Wacquant. El cansancio experimentado en la sociedad posmoderna, en la lucha por la supervivencia, el rendimiento individual y la autoexplotación, se corresponde con ese ‘agotamiento solitario’ que aísla, fragmenta y ‘empuja a la violencia’. El gimnasio de boxeo tradicional, por el contrario, al funcionar como un ‘islote’ de sociabilidad protegida, suspende esa lógica. El agotamiento del entrenamiento no es el del ‘yo’ atomizado, sino un cansancio compartido, un padecimiento con el otro y frente al otro. Se alinea así con el ‘cansancio fundamental’ de Handke, ya que es una lasitud que restablece la dualidad y hace que el yo se abra al mundo. Es en ese dolor y agotamiento compartidos donde el sujeto conmueve y es conmovido, donde la comunicación carnal invierte la violencia del cansancio solitario y la

transforma en la cordial adición que funda la comunidad del gimnasio, una fraternidad que, como dice Han, no precisa pertenencia ni parentesco.

Por otro lado, la figura del entrenador es absolutamente central. No aparece simplemente como un instructor técnico, sino que opera como el garante de este universo moral, una encarnación de la ley simbólica que se opone al caos del gueto. Wacquant (2004) lo describe como una suerte de '*pater familias*', donde "dentro de este dispositivo espacio-temporal, él ejerce a la manera de un director de orquesta implícito" (p.117) que inviste a cada joven con una mirada de reconocimiento, corrigiéndoles cada gesto en voz alta y exigiéndoles disciplina a cambio de pertenencia. Esta autoridad, basada en el respeto y el saber corporal, es lo que permite ordenar el mundo interno del gimnasio.

A través de esta disciplina impuesta por el entrenador y la repetición ritual de los ejercicios, los jóvenes comienzan a incorporar lo que Wacquant denomina el '*habitus pugilístico*'. Este habitus es mucho más que un conjunto de reflejos físicos, es una nueva matriz de percepciones y valores, una ética del esfuerzo, la resiliencia y el autocontrol que se inscribe directamente en el cuerpo. En sus palabras, el entrenamiento diario:

se reduce esencialmente a un proceso de educación del cuerpo, a una socialización determinada de la fisiología, en la que el trabajo pedagógico tiene por función sustituir el cuerpo primitivo [...] por un cuerpo 'habituado', es decir, 'temporalmente estructurado' y físicamente remodelado según las exigencias propias del oficio. (2004, p.67)

Es precisamente este habitus compartido el que moldea las relaciones entre pares. Incluso el *sparring* (el combate de entrenamiento), que desde afuera podría verse como simple violencia, se revela como un diálogo corporal regulado y una forma de confianza mutua. A diferencia de la calle, el oponente no es un enemigo a destruir, sino un compañero indispensable para el propio progreso, según el autor (2004), este consiste en:

[...] un lienzo regular y finamente codificado de intercambios que, aunque violentos, no dejan de estar constantemente controlados y cuya confección supone una colaboración práctica y constante de los dos adversarios en la construcción y mantenimiento de un equilibrio conflictivo dinámico. (p.87)

Se forja así una fraternidad basada en el sacrificio mutuo, donde el cuerpo deja de ser el lugar de la vulnerabilidad para convertirse en el soporte de una identidad determinada. Esta transformación es crucial ya que en un contexto donde el cuerpo joven es frecuentemente estigmatizado, objetivado por la violencia o devaluado por la precariedad, el gimnasio ofrece un espacio para su reinscripción simbólica. A través de la

disciplina compartida y el respeto a las reglas encarnadas por el entrenador y los pares, el cuerpo trabajado, cansado y a veces golpeado, adquiere un nuevo significado. Ya no es solo carne sufriente o instrumento para la descarga caótica, sino la prueba viviente del esfuerzo, la resiliencia y la pertenencia a un colectivo que lo reconoce. Es un cuerpo que porta las marcas de una ética, la del 'oficio' pugilístico que le otorga un valor y un lugar en ese microcosmos social, contrarrestando la expulsión del universo simbólico que a menudo padecen estos sujetos en el afuera.

Es este sacrificio que sirve como *leitmotiv*, *motto* y *mantra* el que se impone y aparece como eje fundamental del trabajo cotidiano en el gimnasio, según Wacquant (2004),

Sacrificio significa al mismo tiempo medio y fin, obligación vital y misión orgullosa, exigencia práctica y obsesión etológica. Sacrificio es, por una parte, dispositivo de discriminación (separa inexorablemente el trigo pugilístico de la paja), y, por otra, instrumento de conjunción: reúne en una gran hermandad de caballeros a todos aquellos que se someten a él. (p.140)

Esta dimensión casi ascética del entrenamiento diario, donde el dolor y el agotamiento se abrazan voluntariamente, funciona de manera análoga a ciertas prácticas religiosas. Lo que ocurre dentro del gimnasio termina absorbiendo positivamente e influenciando la vida cotidiana de los sujetos que concurren a él. El autor desarrolla en su texto cómo los jóvenes que asisten al gimnasio cultivan conscientemente, valoran y dirigen metódicamente todas las energías, físicas, mentales y emocionales, hacia un único y exclusivo propósito.

En este sentido, el sacrificio corporal implicado en la práctica deportiva puede pensarse en tanto remite a una lógica de entrega y disciplina que trasciende lo meramente físico. De esta manera, así como el sacrificio de Cristo en la Cruz es concebido, dentro de la tradición cristiana, como una entrega corporal redentora que funda comunidad, y la ascesis personal como una participación en dicho sacrificio orientada a la purificación y al bien común, el sacrificio cotidiano en el gimnasio opera de modo análogo en el plano social. Esta lógica encuentra resonancia en las virtudes cardinales —prudencia, justicia, fortaleza y templanza—, las cuales presentan notables similitudes con la disciplina y la conducta del púgil.

En esta línea, según Sáenz (2017), la virtud constituye “[...] la potencia que tiene el hombre de tender a lo máximo; una especie de alarma interior que une la inteligencia práctica, el juicio certero para discernir lo mejor que se ha de hacer en tal circunstancia

concreta, y la firme voluntad que se necesita para llevar a cabo el propósito concebido [...]” (p. 11). De igual manera, Wacquant (2004) describe la ética del boxeo a partir de “[...] tres aspectos cruciales de la existencia carnal: nutrición, vida social y familiar y comercio sexual”, que en conjunto conforman “la santísima trinidad de la fe pugilística” (p.140), subrayando así el carácter normativo y casi ritual que adquiere el cuidado del cuerpo en este universo.

Wacquant (2004) describe este sacrificarse como un instrumento de conjunción que "reúne en una gran hermandad de caballeros a todos aquellos que se someten a él" (p. 140). En ambos contextos, el cuerpo se convierte en el vehículo central de esta dinámica, a través del esfuerzo, la disciplina y el sufrimiento compartido el individuo se transforma y se integra a una comunidad que le da sentido y pertenencia. El gimnasio, como la Iglesia en su esfera, se constituye a través de un sacrificio corporal que liga a sus miembros.

#### **4. Comunidad y lazos**

En este sentido, podemos pensar en el contraste que se genera con respecto a situaciones donde el cuerpo cuando no se inscribe en un orden simbólico y donde termina tomando formas mortíferas, dañinas para el sujeto. Pero por otro lado podemos observar que, en el entrenamiento, en el combate regulado y en el día a día dentro de una comunidad de compañeros con un mismo objetivo, el sujeto encuentra una forma de existir ante los otros, una inscripción de su ser en el mundo. Así el sujeto que entrena, que soporta el dolor, el cansancio, que aprende la técnica, que realiza un esfuerzo por mejorar y además sostiene el respeto por el oponente, reescribe en su cuerpo la posibilidad de una existencia con sentido.

Podemos decir, volviendo a Freud y Lacan, que el cuerpo, en definitiva, no es una materia biológica ni un instrumento funcional en sí, sino que es el primer territorio donde el sujeto se encuentra con el Otro, donde se produce la marca simbólica que lo constituye. En contextos de crisis subjetiva y vulnerabilidad, trabajar sobre el cuerpo implica trabajar sobre el lazo social y sobre la posibilidad misma del deseo. Los deportes de combate, cuando se los piensa desde esta perspectiva, no se reducen a prácticas de fuerza, sino que devienen escenarios de subjetivación, donde el cuerpo se convierte en soporte de palabra, en espacio de límite y de reconstrucción de sentido.

A su vez, encontramos una similitud en lo que concierne a esta tensión entre el cuerpo, el lenguaje y la búsqueda en una de las expresiones más radicales y literarias del escritor japonés Yukio Mishima, pero con una gran diferencia. Ya que en su ensayo autobiográfico, *Sol y Acero (2010)*, el autor narra su propia transformación, en este caso el abandono de una existencia puramente intelectual que él consideraba una forma de degeneración, para abrazar la disciplina del acero y el culturismo. Su proyecto representa un intento extremo por resolver la escisión entre el pensamiento y la acción, buscando en el músculo una verdad tangible y exenta de toda corrosión que las palabras ya no podían ofrecerle. Analizar su perspectiva, anclada en una búsqueda ferozmente individual, nos permite establecer un contrapunto fundamental para comprender la singularidad y la potencia del trabajo corporal cuando este se inscribe, por el contrario, en un marco comunitario y relacional.

Tanto en la búsqueda solitaria de Mishima como en la práctica comunitaria de un deporte de combate, el cuerpo se erige como el territorio fundamental donde se libra una batalla por el sentido. Sin embargo, el propósito de esa batalla es radicalmente opuesto. Para Mishima, el cuerpo es un proyecto de autoesculpiendo individual y elitista, es una fortaleza que se construye en solitario contra la degeneración del mundo y de la propia mente. El diálogo no es con un compañero, sino con el acero y con un espejo que debe reflejar un ideal abstracto y universal. Cada músculo ganado es un ladrillo más en el muro que lo aísla, una afirmación de un yo que aspira a la perfección de una estatua, bella, incorruptible, pero fundamentalmente sola e inerte. El cuerpo de Mishima se trabaja para sellar una identidad, para protegerla de la 'corrosión' del otro y del lazo social.

En el polo opuesto, en el gimnasio tradicional, comunitario, como el descrito por Wacquant y que se puede encontrar en los barrios de la Ciudad de Rosario, el cuerpo se convierte en un puente hacia los demás. No se forja contra el mundo, sino en diálogo constante con él. El espejo no es un ideal abstracto, sino el rostro del compañero de entrenamiento, el guante del oponente y la palabra del entrenador. El cuerpo se trabaja de forma colectiva, donde el esfuerzo, el dolor y el progreso son experiencias compartidas que construyen un lenguaje común. Aquí, la fortaleza física no tiene como fin el aislamiento, sino la posibilidad de encontrar un lugar en la comunidad. Se aprende a medir la propia fuerza en relación con la del otro, a respetar límites y a construir confianza. Así, mientras el cuerpo de Mishima busca una perfección que lo sella en sí mismo como una obra de arte trágicamente acabada, el cuerpo de los sujetos integrados en una comunidad es un vehículo para el lazo social. Se fortalece no para escapar de la comunidad, sino para encontrar, por primera vez, un lugar digno dentro de ella.

## Reflexiones finales

Como cierre, consideramos que en el marco de los procesos de vulnerabilización, el dispositivo deportivo puede leerse como una escena donde el cuerpo encuentra nuevas formas de ser inscripto simbólicamente. Allí donde el cuerpo había quedado reducido a su dimensión de objeto marcado por la carencia y la violencia, el entrenamiento y la práctica compartida ofrecen una posibilidad alternativa de relación. El cuerpo, trabajado, golpeado y cansado porta huellas de esfuerzo, de reconocimiento y de límite. Esta reinscripción simbólica restituye al sujeto una posición activa frente a su propia existencia donde el hacer corporal se enlaza con una posibilidad de palabra y de identidad. Sobre ésto último, Carballeda (2004) nos refiere a la intervención en sus aspectos de integración donde se enlaza con la identidad, en sus palabras:

La dirección de la intervención se orienta hacia la cuestión de la identidad como un elemento articulador de la problemática de la integración. [la identidad] se inscribe en un escenario que tiene una serie de connotaciones: es territorial, lingüística, familiar, histórica, religiosa. (p.100)

El deporte, en tanto dispositivo, no se limita a una función adaptativa o de contención sino que su potencia radica en habilitar una escena donde el sujeto se reconozca en el lazo y en la ley que regula ese espacio. En ese sentido, el gimnasio y el ring operan como espacios de subjetivación que instituyen una forma de orden simbólico que delimita, regula y al mismo tiempo sostiene. El golpe, el cansancio o la disciplina adquieren así un valor estructurante, permitiendo tramitar algo del exceso pulsional y reinscribirlo en el circuito del deseo y la palabra.

De este modo, la práctica deportiva, particularmente en los deportes de combate, puede ser pensada como un espacio de mediación entre cuerpo, Otro y comunidad. Donde la reinscripción simbólica del cuerpo no ocurre de manera individual, sino en un entorno colectivo en el cual se realiza en el reconocimiento mutuo, en la mirada del compañero, en el respeto por las reglas y por el límite. Allí donde antes había exclusión o desamparo, el dispositivo deportivo ofrece una escena posible para volver a habitar el cuerpo, dotándolo de sentido y restituyendo al sujeto su lugar en el lazo social.

En línea con la concepción de que la intervención en lo social implica “[...] unir aquello que una vez se fracturó, recuperar las sociabilidades perdidas, que sumadas conducen a la reconstrucción de la sociedad” (Carballeda, 2004, p. 32), es posible pensar al dispositivo deportivo como una práctica que habilita una reinscripción simbólica del sujeto en el lazo social. En este marco, el gimnasio y la práctica de los deportes de combate ofrecen un espacio donde el cuerpo, atravesado por la ley, el límite y el reconocimiento del

otro, puede sustraerse de lógicas mortíferas para devenir soporte de procesos de subjetivación.

Tal como señala Rigoni (2023), la apuesta de la intervención apunta a posibilitar espacios de dignidad que favorezcan la inscripción de una vía de alivio frente a lo padeciente. De este modo, el dispositivo deportivo no se presenta como una solución totalizante, sino como una escena posible donde el sujeto puede volver a habitar su cuerpo, reinscribir su experiencia en un entramado colectivo y recuperar una posición activa en la construcción de sentido y de lazo social.

## Referencias bibliográficas

- Aboitiz Bellet, M., & Álvarez Vandeputte, A. (2011). *Boxeo y el golpe a la exclusión*. Editorial Popular.
- Carballeda, A. J. M. (2023). *La intervención en lo social: Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales* (3.ª ed.). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Editorial Margen.
- Fernández, C., & López, M. (2005). Jóvenes en situación de vulnerabilidad social: redes de apoyo y políticas públicas. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 3(2), 201–220.
- Freud, S. (1992). *El yo y el ello*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992). *Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Gobierno de la Provincia de Santa Fe – Observatorio de Seguridad Pública. (2024). *Panel de indicadores de seguridad pública de Santa Fe*. Recuperado de <https://www.santafe.gob.ar/ms/osp/>.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona, España: Herder Editorial.
- Lacan, J. (2006). *El Seminario, libro 10: La angustia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2009). *Escritos 1*. Ciudad de México, México: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2012). *Otros escritos*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2023). *El Seminario, libro 14: Lógica del fantasma*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Mishima, Y. (2010). *El sol y el acero*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Rigoni, G. (2023). *El síntoma de la política, la política del síntoma y el sinthome*. <https://doi.org/10.13140/RG.2.2.26265.49769>.
- Ryan, C., O'Connor, M., & Duff, C. (2024). A community perspective on boxing, wellbeing and young people. *Journal of Youth Studies*, 27(2), 215–232.

- Sáenz, A. (2017). *Virtudes fundamentales*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Gladius.
- Sánchez-García, R. (2025). La iniciación a los deportes de combate desde las dinámicas ecológicas: el Modelo de Enseñanza Basado en Constreñimientos. *Revista de Artes Marciales Asiáticas*, 20(1), 30–54. doi:10.18002/rama.v20i1.2503.
- Wacquant, L. (2004). *Entre las cuerdas: Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Ziella, M. F. (2020). Cuerpo y síntoma: diferencias en las concepciones según el discurso médico y el discurso analítico ¿Qué cuerpo para el psicoanálisis?. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 20. Recuperado de [https://www.psi.uba.ar/publicaciones/psicoanalisis/trabajos\\_completos/revista20/ziella.pdf](https://www.psi.uba.ar/publicaciones/psicoanalisis/trabajos_completos/revista20/ziella.pdf).